

JOSÉ P. SALDAÑA

La República en Ruta
hacia el Norte

233

ANUARIO HUMÁNITAS 1968
CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

NON BIVIAE RUTAE ET
RUBICAE
RUBICAE
RUBICAE
RUBICAE

Núm. Clas NL
972.07
Núm. Autor 57621
Núm. Adg. 059797
Procedencia -1-
Precio _____
Fecha Agosto de 1968.
Clasificó reg
Catalogó sqg

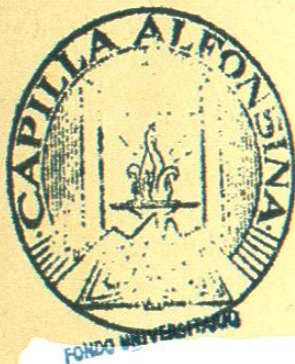


1020080938

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Calle 1625 MONTERREY, N. L.

F1233

S2



F1233

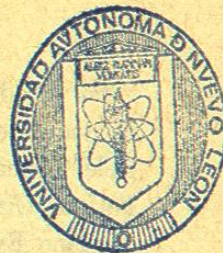
S2

1968

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Calle 1625 MONTERREY, N. L.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

LA REPÚBLICA EN RUTA HACIA EL NORTE

JOSÉ P. SALDAÑA
Cronista de Monterrey
Sociedad Nuevoleonesa de Historia,
Geografía y Estadística

ENTRE LOS ACONTECIMIENTOS de mayor alcance político-militar, acaecidos pasado el primer año de la Intervención Francesa, ocupa lugar preeminente la evacuación de la ciudad de México por el Gobierno Republicano.

El hecho en sí mismo tenía una especial significación para los intervencionistas y para los republicanos. Los primeros, al entrar sin resistencia a la ciudad de México, consideraron haber logrado un triunfo de gran alcance, máxime cuando las aclamaciones de los reaccionarios, las flores arrojadas por las damas "bien", y el repique de las campanas, les formaban un especial ambiente de admiración.

En el otro sector, el más numeroso, pero al mismo tiempo el más disperso, las impresiones chocaban entre sí. Había quienes juzgaban catastrófica la salida de la ciudad de México de los Poderes Republicanos; menos extremistas otros, esperaban el desarrollo de los acontecimientos; y quienes sentían los ideales de la Patria, con la pasión de los convencidos, confiaban en que el triunfo se realizaría cualquiera que fuesen las alternativas de la guerra.

En tanto el Gobierno Republicano se instala en San Luis Potosí, procede hacer un análisis, aunque somero, de lo sucedido hasta entonces.

Antecedentes.

En el espíritu atormentado de los mexicanos, amantes de la integridad de la Nación, alentaba una esperanza en la victoria final, tomando como punto luminoso, de un pasado reciente, la certeza de que los mexicanos demostraron al mundo que podían vencer a los invasores, puesto que ya lo habían hecho el 5 de mayo de 1862.



339 FONDO UNIVER. I. 1968

52838

059797

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Fortificado en la ciudad de Puebla el General Ignacio Zaragoza, esperaba el ataque formal del ejército francés, cuya fama lo acreditaba como invencible. El mando directo quedó a cargo de los Generales Felipe Berriozábal, Porfirio Díaz, Lázaro Garza Ayala, Miguel Negrete, Juan Francisco Lucas, Mariano Escobedo, Antonio Alvarez, Ignacio de la Llave, Lamadrid, Santiago Tapia, Juan N. Méndez, Ignacio Mejía. . .

Sin complejos Zaragoza arengó a los soldados, y jefes y oficiales se dispusieron a retener sus posiciones así les costara la vida. El ambiente que se respiraba en todos los baluartes era de confianza.

El día 4 campaba la fuerza comandada por Lorencez en Amozoc, a muy corta distancia de Puebla. El día 5 situaba sus contingentes a la vista de los fuertes de Loreto y Guadalupe. Algo más de 5,000 franceses tenían la pretensión de apoderarse de la ciudad, según la opinión de Lorencez que no daba a las tropas mexicanas la capacidad combativa necesaria para contener el ímpetu y valentía de los veteranos que comandaba.

Los soldados mexicanos, en número también de 5,000, desde temprana hora estaban en sus puestos impacientes por entrar en contacto con el enemigo. Existía entre ellos una especie de euforia por combatir proveniente de la confianza que les inspiraban los jefes. Entre éstos a su vez existía la unidad requerida y la subordinación plena a la autoridad del General en jefe, en quien reconocían pericia, don de mando y valor a toda prueba.

La arenga del General Zaragoza mantenía muy en alto la moral de jefes y soldados. Sus palabras resonaban en los pechos de todos: "Nuestros enemigos son los primeros soldados del mundo; pero nosotros defendemos nuestra patria, y lograremos la victoria. ¡Viva la independencia nacional!"

Por fin a las diez de la mañana una columna de franceses, integrada por 4,000 soldados, se lanzó a paso veloz sobre el fuerte de Guadalupe, en tanto que por el frente se efectuaba una maniobra con 1,000 hombres, más que para combatir con el propósito de distraer a los mexicanos.

Pero Zaragoza había preparado la defensa sin descuidar detalle alguno. Como advirtiera que Lorencez cargaba el grueso de sus contingentes sobre el fuerte de Guadalupe, advirtió al General Miguel Negrete, que guarnecía el fuerte de Loreto, estuviere alerta para cooperar en el momento oportuno, con el General Juan N. Méndez.

La avalancha de los franceses parecía incontenible. Con decisión y bizarría acometieron a las tropas mexicanas. Poseídos de su superioridad estratégica y de su arrojo, pensaron en arrollar fácilmente a los soldados mexicanos. Se equivocaron rotundamente. Avanzaron hasta donde los jefes mexicanos habían previsto, y de pronto las fuerzas de Méndez y de Negrete abrieron el fuego en forma compacta, ocasionando un revés a los franceses cuya magnitud los

obligó a replegarse a su base de operaciones. Todo ello sucedió en el término de dos horas.

La primera jornada significaba un triunfo de las fuerzas republicanas. Zaragoza recorría las líneas de combate sin descanso, dando instrucciones y arengando a los soldados. La moral se mantenía elevada, llegando a la exaltación al obligar a los franceses a retroceder.

Siguieron dos asaltos más sobre las mismas posiciones. Para Lorencez significaba la derrota un fracaso inconfesable, y se proponía triunfar a toda costa. Arengó con ardor a sus tropas recordándoles que la victoria era su compañera en donde quiera que combatieran, que en esa ocasión estaban obligados a tomar Puebla pasando sobre sus defensores, que no tenían ni el valor ni la experiencia de ellos. Recuerden, insistía, que cada uno de ustedes vale por cinco de esos soldados harapientos que se nos enfrentan. ¡Sobre ellos hasta exterminarlos!

Las palabras de aliento de Lorencez caían en terreno preparado. Respondieron los soldados franceses al atacar por segunda y tercera vez con bravura digna de mejor causa. A pesar de las bajas que les infligían los republicanos insistían en olas continuas de ataque.

Todo esfuerzo de los asaltantes resultó infructuoso. Los republicanos, con igual valor y tenacidad combatieron sin permitir que avanzaran.

Para las cuatro de la tarde la acción se había decidido a favor de los republicanos. Sin embargo Zaragoza había dispuesto cubrir con nuevos contingentes las bajas sufridas, pues suponía que a pesar de todo insistiría Lorencez en un nuevo asalto.

En efecto se estaban reorganizando las columnas invasoras para intentar otro asalto, cuando una lluvia torrencial cubrió el campo de operaciones. Serían como las cinco de la tarde, el ambiente se oscureció y el granizo cubrió el terreno dificultando toda maniobra. Este argumento contundente convenció a Lorencez que nada tenía ya que hacer.

Más de mil bajas en las filas francesas, entre muertos y heridos, constituían el patético argumento de su derrota. La lluvia los salvó de un escarmiento mayor. Habían perdido más del 20% de sus elementos activos.

Retrocedieron las fuerzas invasoras hasta Orizaba, siendo constantemente hostilizadas por tropas de Zaragoza. Dieron la espalda a la codiciada presa, con el espíritu compungido y las armas en rastra. En esta forma el triunfo definitivo de esa memorable batalla quedaba patente ante la conciencia nacional y la admiración del mundo.

Toda la nación mexicana vibró de entusiasmo. Las campanas de los templos lanzaron al aire repiques de triunfo. Ya se había probado que los mexicanos poseían las prendas necesarias de patriotismo para vencer.

Repercutió la noticia fuera de nuestro país. La incredulidad daba a la hazaña dimensiones universales. El tiempo confirmó la verdad de la epopeya, y se descubrió el semblante redondo, con sencillos anteojos, del Jefe Mexicano triunfante, que más parecía la figura de un seminarista que la de un veterano militar.

Con Zaragoza se ilustraban las cancillerías de todos los Gobiernos, y los intelectuales se nutrían de informaciones sobre su vida y la del jefe máximo, el indio adusto, de sangre zapoteca, de limpia estirpe, que de pastor había llegado por impulso propio a Presidente de México, el señor Licenciado don Benito Juárez.

Su nombre se pronunciaba con admiración y respeto. Los políticos de mayor cultura y más alta reputación de honestidad, proclamaban sus virtudes. Los Parlamentos de Francia y de España se ocuparon repetidamente de la tragedia que significaba para nuestro País la injustificada intervención armada de Francia. La tribuna de Francia fue escenario de las más violentas y apasionadas controversias. Voces autorizadas clamaban por la retirada de las tropas francesas en virtud de que se pisoteaban los derechos de un pueblo que deseaba gobernarse de acuerdo con sus principios, creencias y antecedentes históricos. Los Diputados franceses de la oposición concretaron sus argumentos en estos pensamientos: "La guerra en que se ha empeñado la Francia es injusta, intrínsecamente considerada. Ni la dignidad, ni el honor, ni los intereses de esa potencia, exigían lo que se ha hecho. Gérmenes de barbarie, no de civilización, están arrojando aquí de paso sus soldados, que volverán diezmados a su país, después de causar calamidades sin cuento, como ciegos instrumentos de los ambiciosos planes del déspota que los manda". Recoge la historia los nombres de los cinco Diputados que, exponiendo su posición, se enfrentaron al Pequeño Napoleón defendiendo la soberanía de México. Ellos son: Julio Favre, Ernesto Picard, Henón, Darimon y Ollivier. Agregamos al genio de todos los tiempos, Víctor Hugo, cuya pluma tajante escribió el nombre de Juárez con admiración y logró despertar en Francia, por medio de sus fulgurantes artículos, sentimientos de respeto por la soberanía de México.

En España, sintiéndose más cerca de nosotros, se comentaba la falta de congruencia entre los aspectos democráticos de que se hacía alarde en Francia y su conducta falsa al aceptar intervenir por medio de las armas, en los destinos de México.

Resonaron también voces de aliento para la causa republicana en los Estados Unidos del Norte, a pesar de su guerra intestina. Por cuanto a los pueblos hermanos de Centro y Suramérica, cada triunfo de las tropas me-

xicanas los llenaba de júbilo, y seguían con acentuado interés cuanto sucedía en México. En Colombia, por 1865 se pronunciaron entusiastas discursos en la Cámara de Diputados exaltándose la figura de Juárez, al grado de situarla como luminaria y guía de las Américas. Dos años después en forma Constitucional proclamó la República Dominicana a Juárez, Benemérito de las Américas.

Sin duda alguna la actitud de los mexicanos patriotas conmovía al mundo. Se tenía conocimiento de la precaria situación económica del Gobierno Republicano; de los sufrimientos del pueblo después de cuarenta años de continuas revoluciones, provenientes de la resistencia de las clases privilegiadas a perder sus ilegítimas prebendas; del cansancio natural de quienes deseaban paz y no la encontraban.

Estos signos negativos se convertían en positivas cualidades ya que, a pesar de todo, se continuaba luchando sin medir ni importar el poderío del enemigo.

Se explica así la existencia universal de una corriente de simpatía hacia México, hacia ese grupo de patriotas que con tanto entusiasmo defendían la soberanía nacional.

Las noticias aparecían en los periódicos, y el público, con marcadas simpatías las comentaba en las plazas públicas, las calles y los centros sociales del pueblo que cree en la libertad porque es producto generoso de su esfuerzo. De este ambiente alentador participaban las poblaciones de México de uno a otro extremo.

Quedaban algunos refugios inmunes al influjo de la libertad, en los que la vanidad, alimentada por sangre azul de pastorela esperaba una oportunidad que le permitiera adquirir un título nobiliario, así fuese el de "camarera de la reyna" o el de "caballerizo imperial".

No faltaban los desarraigados, los siempre amargados, que sin esperar ni desear un título, sin antecedentes de rango, ni de daño alguno en sus personas e intereses anhelaban el triunfo de los invasores, dispuestos a vivir como lacayos.

Cerca de un año hacía que la estrella del 5 de mayo brillaba con luz esplendorosa. Tiempo suficiente para justipreciar la categoría del triunfo republicano.

Quienes entendían de guerra medían la tardanza de la nueva embestida francesa en razón a los perjuicios recibidos; quienes pensaban en orden a sus bastardos intereses se resistían a aceptar la derrota en la proporción justa.

Pero el tiempo hablaba por sí mismo. Un año de miedo, de duda en su

propia fuerza, detenía a los franceses en Orizaba y Córdoba. Bien fortificados, como si de pronto se hubiesen cambiado los papeles, los agresores, que habían soñado en un desfile de gala desde Veracruz a México, después del 5 de Mayo, daban al ejército mexicano el mérito, cuando menos de igualdad, en valor y destreza.

De haber dispuesto el General Jesús González Ortega —Jefe del Ejército de Oriente, sustituto del inmortal Zaragoza, encargado de la defensa de Puebla—, de los elementos necesarios, no hubiera vacilado en emprender formales ataques a los centros de concentración de los invasores. Tuvo que resignarse a esperar la embestida del enemigo, a sabiendas de que opondría a las armas más modernas las deterioradas que integraban su arsenal.

La iniciativa quedó a merced de los franceses. Avanzaron en el momento que consideraron más oportuno. Cubrieron sus flancos en debida forma, y protegieron su retaguardia quizás con exceso; pero había a su disposición soldados más que suficientes, pertrechos de guerra y víveres en abundancia. Ya militaba con ellos el conservador Márquez, de triste memoria.

Frente a Puebla, la imponente fuerza integrada por 30,000 soldados, tomó los dispositivos de ataque: caballerías, infanterías, baterías de cañones, cuerpos de zapadores, brillantes armas que arrancaban chispas al sol, esperaban la orden de combate.

Dentro de la plaza, sin alardes de grandeza material, los soldados mexicanos habían recibido las dotaciones necesarias de parque, y en su espíritu anidaban las palabras de aliento de sus jefes que pedían morir antes que permitir un Gobierno extranjero.

Sorpresa tras sorpresa para los invasores. A pesar de su superioridad numérica; de las ventajas propias de las armas modernas; de la abundancia de parque y facilidades de abastecimiento de comestibles; a pesar de las facilidades para atender a los heridos; y no obstante escoger a discreción los lugares y la forma de ataque, siempre encontraron enconada resistencia, al grado de que el avance de hoy se convertía al día siguiente en retroceso.

¡Cuánto valor, cuánto don de sacrificio, cuánto amor a la Patria! Día a día disminuían los elementos bélicos y de subsistencia. Los racionamientos cada vez más reducidos: ahorrar parque en pleno combate, comer lo indispensable, resistir a pie firme, era la consigna.

Así transcurrieron sesenta y dos días sin que la plaza fuese tomada, como la arrogancia de los sitiadores lo había proclamado. Existía abundancia afuera, escasez que llegaba a la miseria adentro. Ni alimentos, ni parque, ni agua,

ni recursos para atender a los heridos y a los enfermos. La población civil sufría estoicamente a la par de la tropa. No existía posibilidad alguna de recibir auxilio, todos los intentos habían fracasado. La resistencia había llegado al límite de lo humano.

Llamó a consejo el General en Jefe, González Ortega. Propuso rendir la plaza en plan de sacrificio; pero salvando la dignidad de mexicanos y de soldados defensores de la soberanía nacional. Al día siguiente a las nueve horas cada soldado destruiría su fusil; los artilleros inutilizarían los cañones; los jefes y oficiales obrarían de acuerdo con sus convicciones; los soldados quedarían con la consigna de incorporarse a cualquier grupo de guerrilleros liberales. En esta forma, el famoso Ejército de Oriente, quedaría totalmente disuelto.

El programa se cumplió al pie de la letra. Los invasores entraron a Puebla pisando cadáveres y escombros. En el silencio imponente que imponía la heroicidad de los vencidos se convertía el triunfo de los franceses en la más triste cuanto inútil victoria.

La noticia de aquel extraordinario sacrificio, conmovió las fibras patrióticas de los mexicanos. Dolía la pérdida total de un ejército disciplinado; pero al mismo tiempo admiraba su temple, que convertía la derrota en la más limpia exhibición de patriotismo y sublime dignidad. Los mismos invasores respetaron aquella hazaña, considerándola como uno de los acontecimientos más heroicos de todos los tiempos.

Quedaba para los invasores libre el camino a la ciudad de México. No tenía sentido estratégico tratar de detenerlos. Calmadamente analizó Juárez la situación con sus Ministros acordando trasladar la capital a la ciudad de San Luis Potosí.

Se hicieron los preparativos con las precauciones que demandaba la delicada situación militar, supuesto que la mezquina victoria francesa, había inyectado entusiasmo entre los imperialistas mexicanos.

Las impresiones y el estado de ánimo de los patriotas mexicanos lo podemos captar en las siguientes expresiones del Licenciado José Ma. Iglesias, que aparecen en su Diario —mayo 31 de 1863.

“A fin de saber las condiciones que impondría el vencedor por casualidad, pasó el cuartel-maestre, General Mendoza, a entenderse con Forey. Consentía éste en la salida del ejército mexicano, con sus armas, banderas y todos los honores de la guerra con tal de que se situara en

el punto que se le designase, comprometiéndose a permanecer neutral en la presente lucha, en que se juega nada menos que los destinos de la patria. La propuesta fue desechada con un patriotismo digno de los mayores elogios.

Entonces se adoptó una resolución que bien merece la calificación de heroica y sublime, supuesta la imposibilidad de abrirse paso a viva fuerza. En la orden general del día 17, expedida a la una de la mañana, se mandó que de las cuatro a las cinco se rompiera todo el armamento, para que bajo ningún aspecto pudiera utilizarlo el invasor: que se inutilizaran todas las piezas de artillería, que se disolviera el ejército, manifestándose a los soldados que no quedaban excluidos de seguir prestando sus servicios al suelo en que nacieron, sino antes bien, obligados a presentarse al supremo gobierno, para continuar defendiendo en torno suyo el honor de la bandera mexicana; que a las cinco de la mañana se tocaría parlamento y se izaría bandera blanca; y que a la misma hora se reunirían los generales, jefes y oficiales, en el atrio de catedral y palacio de gobierno, para rendirse prisioneros, sin pedir garantías de ninguna clase, por cuyo motivo se les dejaba en absoluta libertad para elegir lo que creyeran más conveniente a su propio honor y a sus deberes militares.

Acordadas estas disposiciones, a las cuatro de la mañana se pasó una comunicación oficial al general Forey, noticiándole que la plaza quedaba a sus órdenes y podía mandarla ocupar. 'No puedo, decía con lacónismo y nobleza el general en jefe de nuestro ejército, seguir defendiéndome por más tiempo; si pudiera, no dude V.E. que lo haría'.

...

El inesperado desenlace del sitio de la moderna Zaragoza, así como otros motivos muy importantes, no permitieron que se hiciese efectivo el proyecto de defender a México con todo el empeño deseado.

Publicóse, pues, un decreto en que, declarándose a San Luis Potosí capital interina de la república, se acordaba la traslación a ella de los supremos poderes. Al procederse con esta regularidad a un cambio que habría sido la muerte de un gobierno menos sólidamente constituido, se dejaba a los franceses con sólo las ventajas materiales de la ocupación de México, sin darles fuerza alguna moral, sin aumentar en nada el brillo de sus armas.

...

En la tarde del 31 de mayo salió de México el gobierno. Su marcha hasta San Luis Potosí fue una ovación no interrumpida, en que autoridades, fuerza armada, particulares y pueblo, se esmeraron en tributarle las más inequívocas demostraciones de aprecio y respeto".

¿Cuál sería la realidad? ¿Cabía la posibilidad de la rehabilitación de los liberales? ¿Se trataba del principio del fin? Franceses y reaccionarios olvidaban que un pueblo decidido a conservar su independencia es invencible.

PRIMERA ETAPA

SAN LUIS POTOSÍ

Instalado en San Luis Potosí el Gobierno Republicano el 9 de junio de 1863, procedieron de inmediato los Secretarios del Gabinete a comunicarse con los Gobernadores de los Estados, a fin de mantener en alto la moral de los servidores de la Nación, y a la vez para poner en orden las diversas funciones oficiales.

Por su parte el Presidente de la República suscribió un manifiesto, haciendo relación de los sucesos más notables desde que se inició la guerra con Francia. Considera de vital importancia la unión de los mexicanos, condición indispensable para obtener el triunfo, en cuyo resultado se muestra más que optimista, seguro. La voluntad de Juárez, inquebrantable, se refleja en su escrito. No existe en él duda alguna en la victoria, que ha de producir su regreso a la Capital, para que, de nueva cuenta, la bandera nacional presida desde lo alto del Palacio Nacional, la vida libre y soberana de México.

Entre tanto el servicio confidencial del Gobierno informaba sobre los sucesos que se desarrollaban en la ciudad de México, las fuerzas francesas al mando del General Forey, hicieron su espectacular entrada el día 10 de junio.

Dio realce al suceso la participación activa de los recalcitrantes reaccionarios, especialmente de los que, sin exponerse a los riesgos de la guerra, guardaban en sus hogares las joyas, las cruces, condecoraciones y títulos nobiliarios, que adquirieron en momentos semejantes de peligro para la Patria.

El grueso de los manifestantes fue reclutado entre los peones de las haciendas vecinas, los vagos y los curiosos.

La vanidad de Forey se refosiló con el Te Deum que se cantó en su honor en Catedral, las comisiones de bellas damas que le ofrecieron ramos de flores, los discursos empalagosos de los candidatos a empleos, prebendas y títulos de nobleza.

Los banquetes suntuosos suplieron en buena parte la falta de entusiasmo del pueblo. Había extrema curiosidad por ver de cerca a los primeros soldados del mundo, según pregón de los propios invasores. Pero pronto la des-

ilusión acabó con la curiosidad; pues los famosos soldados eran borrachos, mujeriegos y arbitrarios.

En un alarde de suficiencia Forey lanzó un manifiesto a la Nación en tono jactancioso. Más parecía el presidente de un país conquistado que el simple jefe de un ejército invasor.

Hablaba de la fusión de los partidos políticos, de establecer la libertad dentro del orden, el respeto a las propiedades y a las personas, anunciaba la desaparición de alcabalas, la justicia para todos, y, como sucede con esta clase de documentos demagógicos, agotaba las promesas.

Pero entre otras cosas, hacía el cargo de que en México el robo era cuestión tan generalizada que abarcaba a la mayor parte de la sociedad. Mencionaba la libertad de cultos, como algo que le agradaría al Emperador Maximiliano.

Se trataba de la primera actuación pública de Forey y la susceptibilidad de las clases privilegiadas se vio profundamente afectada. Ni aceptaban el título de ladrones, ni estaban de acuerdo en la libertad de cultos, ni les parecía bien que se respetara la posesión en manos de particulares de los bienes confiscados al Clero por el Gobierno Republicano.

Tratando Forey de darle un barniz de nacionalismo a la intervención designó treinta y cinco personas para integrar la Junta de Gobierno, la que a su vez nombró un triunvirato ejecutivo que debía gobernar al país en tanto Maximiliano asumía el Poder. Quedó el triunvirato integrado por don Juan N. Almonte, el Arzobispo Pelagio Antonio Labastida y Dávalos y don Mariano Salas.

Algunos conservadores en quienes quedaba algo de dignidad, se negaron a colaborar con los intervencionistas. De los liberales que no pudieron salir de México, ninguno hizo causa común con el flamante gobierno, y el pueblo en general, cada vez más decepcionado, se irritaba cuando en público era azotado algún mexicano, y ésto sucedía con frecuencia. Una simple denuncia era suficiente para el castigo, que en repetidas ocasiones producía la muerte del reo.

En la amplitud del territorio nacional se producían, después multitud de episodios significativos de profunda desorientación. Los sucesos colocaban la situación militar en difíciles condiciones, lo que se agravaba por la falta de conocimiento exacto de los hechos, dada la dificultad en las comunicaciones.

Esto originó divisiones entre muchos jefes liberales, lo mismo en el norte,

que en el centro y sur del país. Su origen inmediato procedía de la falta de un caudillo, o jefe, que por sus méritos reuniera a su alrededor a los descontentos, fenómeno que fue superándose a medida que el tiempo pasaba.

Lo extraordinario es que, a pesar de los altercados locales, con las excepciones del caso, se mantuvo en todas partes firme el espíritu de lucha por la independencia nacional.

Procede, para satisfacción de los norteros, mencionar el hecho significativo de la participación guerrillera del General y Licenciado Lázaro Garza Ayala, en el Estado de Puebla. En estrecha acción con los Generales José Ma. Maldonado, Juan N. Méndez, Juan Crisóstomo Bonilla, Juan Ramírez y Juan Francisco Lucas, mantienen en jaque a franceses y conservadores en Zaca-poaxtla, Chignahuapan, Aquixtla, Xochitlán, Apulco, Tezuitlán y numerosas poblaciones más.

También el General Mariano Escobedo participó activamente durante 1863, combatiendo bajo el mando del General Porfirio Díaz en Oaxaca, Puebla, Morelos y Estado de México. Al frente de la Legión del Norte, de Lanceros de San Luis y de Carabineros de Morelos dio ejemplo de disciplina, valor y capacidad combativa. Su actuación brillante sirvió al General Díaz para significarse como el más capacitado para asumir la jefatura del movimiento republicano en el sur, lo que logró, ganando la causa liberal en fuerza y unidad. En esas memorables campañas lo siguieron entre otros Nuevoleoneses distinguidos los Generales Jerónimo Treviño y Pedro Martínez.

Situación semejante se producía en el interior del país y en el norte. Sobre todo en esta última región. Chihuahua, Sonora y Baja California mantenían en pie de guerra magnífica fuerza combativa liberal, y dada la distancia que los separaba de la ciudad de México, se veía lejano el día en que fuesen atacados.

Cosa distinta ocurría en Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas. Era la ruta que seguiría Juárez con su séquito oficial, codiciada por los franceses, por su proximidad con los Estados Unidos del Norte, proveedores potenciales de víveres y armas.

La figura más destacada de la época en el noreste era la de don Santiago Vidaurri, Gobernador de Nuevo León y Coahuila. Había logrado conquistar un gran prestigio por su habilidad para reclutar gente y formar militares, que sin estudios académicos, llamaban la atención por su valor, acometividad y dotes estratégicas, como los Generales Juan Zuazua, Mariano Escobedo, Francisco Naranjo, Jerónimo Treviño, Pedro Martínez, Lázaro Garza Ayala... y además por su audacia al disponer de los recursos de las aduanas, y de los impuestos federales, a pretexto de que todo lo dedicaba al sostenimiento de las tropas.

No estaba alejado de la realidad. Las duras campañas de la Guerra de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN